

PRESENTACIÓN

La historia de la geopenía hispánica se ha escrito al margen de los testimonios que ciertos autores realizaron de manera particular a partir del siglo XVI, momento en el que se inaugura lo que podríamos denominar agricultura (pre)científica. Las condiciones económicas, sociales, políticas y editoriales favorecieron la publicación de una serie de textos cuyo propósito era sistematizar el conjunto de técnicas, conocimientos y saberes necesarios, no solo para cultivar la tierra, sino también para el cuidado de los distintos animales domésticos y la explotación de los productos obtenidos de ellos. Así se justifica, por ejemplo, la aparición del *Libro de agricultura*, de Gabriel Alonso de Herrera, en una fecha tan temprana como 1513, lo que lo convierte en el primer tratado geopónico escrito en una lengua romance y, así mismo, en precursor y modelo de la tradición española y europea posterior. Fruto de un encargo realizado al autor por el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, con él se inaugura una corriente que canaliza la preocupación del mundo moderno por las técnicas agrarias, en tanto que actividad que asegura el mantenimiento de la población, convertida así en una de las bases fundamentales de la economía.

Junto a esta monumental obra, enciclopedia del conocimiento agrícola clásico, medieval y renacentista, se sitúan otros seis volúmenes más: los *Diálogos de la fertilidad y abundancia de España* (1578) y el *Despertador* (1581), de Juan de Valverde Arrieta; el *Arte para criar seda* (1581), de Gonzalo de las Casas; el *Tratado breve de la cultivación y cura de las colmenas* (1586), de Luis Méndez de Torres; la *Agricultura de jardines* (1592), de Gregorio de los Ríos; y, por último, los *Discursos del pan y del vino del Niño Jesús* (1600), de Diego Gutiérrez Salinas. A pesar de ser volúmenes más o menos conocidos, y aunque nos encontramos ante textos pioneros y fundacionales de cada uno de los temas que abordan, ninguno de ellos ha conseguido abrirse paso entre las numerosas historias de la ciencia y de la técnica. Desde nuestro punto de vista, esta situación solo puede ser explicada de una forma: hasta el momento actual no se ha contado con ediciones filológicas de ninguno de estos siete escritos, lo que imposibilita un acceso fidedigno a ellos. Hecho que aclara el silencio que sobre esta producción se ha impuesto en ámbitos como la historia de la literatura tecnocientífica; la historia de la agricultura, de la apicultura, de la sericultura; la historia de la economía; la historia de la gastronomía; o, por la parte que más nos interesa a nosotros, la lingüística diacrónica, la lexicología y la lexicografía.

El escenario descrito para el Quinientos, considerado como epicentro y punto de partida, es idéntico al que afecta a ciertas obras aparecidas en centurias anteriores y, sobre todo, posteriores. Entre estas últimas merecen ser destacadas, verbigracia, la *Perfecta y curiosa declaración de los provechos grandes que dan las colmenas bien administradas y Alabanzas de las abejas* (1621), de Jaime Gil; el *Libro de los secretos de agricultura, casa y campo y pastoril* (1626), de Miguel Agustín, publicada primero en catalán (1617); o la *Cartilla de la agricultura de moreras y Arte para la cría de la seda* (1761), de Antonio de Elgueta y Vigil. Tal panorama afecta a la tratadística y a otras fuentes aún menos exploradas, como la documentación notarial, en la que la agricultura, técnica ligada indisolublemente a la vida cotidiana y al sustento de la vida humana, ocupa un lugar esencial. De manera que no es descabellado afirmar que el tecnolecto geopónico ha recibido poca o ninguna atención desde la perspectiva diacrónica, por lo menos hasta la reciente aparición de los trabajos del *Grupo de investigación en léxico español de la economía (LEE)*, cuyos miembros nos hemos centrado en la edición filológica de los textos aparecidos entre 1513 y 1600 y en su análisis desde el punto de vista lingüístico.

Debido a ello, la oportunidad que se nos presentó de proyectar y coordinar este monográfico de la *Revista de Investigación Lingüística* se convirtió en una coyuntura excepcional. En primer lugar, para imbricarnos con la línea editorial que desde hace años sigue, defiende y promueve con entusiasmo su Equipo Directivo, que ha impulsado y sostenido el interés por las lenguas de especialidad a través de tres monográficos anteriores (números 7, 11 y 20), además de otros trabajos que han visto la luz en la sección general de cada volumen publicado. En segundo término, para ofrecer un panorama general acerca de las investigaciones que sobre la historia de la nomenclatura agrícola se están desarrollando actualmente en el panorama académico español, entre las que también figuran las abordadas en proyectos más generales, como el *Nuevo Diccionario Histórico del Español (NDHE)*.

Así pues, a esa preocupación y mimo por la historia de la lengua tecnocientífica que nos une a editores e investigadores se debe esta sección, que presentamos bajo el título *En torno al tecnolecto geopónico*. Está conformada por siete artículos, que se ofrecen ordenados alfabéticamente a partir del apellido de sus respectivos autores, y cuya cronología se extiende desde el siglo XV hasta el siglo XVIII. Hemos procurado que no queden desatendidos los testimonios y fuentes más importantes y, de igual forma, que la temática de los estudios, si bien centrada en el ámbito lexicográfico, muestre las veredas que invita a recorrer con detenimiento y deleite la prosa geopónica.

Miguel Ibáñez Rodríguez estudia el léxico de la vid y el vino —un total de noventa y una palabras, reunidas en un glosario al final del trabajo— en el *Libro de los secretos de agricultura*, de Miguel Agustín, prestando particular atención a la traduc-

ción del texto del catalán al español, efectuada por el propio autor, y comparando sus conocimientos vitivinícolas y lingüísticos con el de otros tratadistas anteriores, tanto patrios como foráneos. Pedro Mármol Ávila, por su parte, se centra en el análisis de ocho voces extraídas del *Arte para criar seda*, de Cristóbal de las Casas: *atanquía, capillejo, hilar, joyante, madeja, redondo, seda y semilla*; afianza, de esta forma, el estudio histórico de la terminología sericícola, al que ha dedicado buena parte de sus últimos artículos. José Ramón Morala, a partir del corpus que configura el *CorLexIn*, revisa los integrantes de un campo muy específico del léxico agrícola en el siglo XVII: las herramientas de corte, o, lo que es lo mismo, aquellos vocablos que podrían englobarse bajo hiperónimos como *hoz, hacha, rozón o guadaña*. José Antonio Pascual considera algunos de los muchos aragonesismos que pueblan la traducción al castellano del *De re rustica* de Paladio, atribuida a Ferrer Saiol y que se conserva en una copia manuscrita de mediados del siglo XV; en concreto, se presenta un estudio sistemático de once de ellos: *conrear, empeltar, borró ~ borrons, senalla, lambrusca, brocada, entrecavar, palafangar, pámpano, espleyto y espleytar*. Daniela Pena Arango, joven promesa de la Filología, examina el léxico apícola incluido en el *Diccionario de Autoridades* e investiga las fuentes que justificaron su introducción y su sanción, demostrando que entre ellas destacan algunos repertorios lexicográficos, no solo los de Antonio Nebrija y Sebastián Covarrubias, cuya influencia en el primer diccionario académico es de sobra conocida, sino también —al menos por lo que se refiere al mundo de las abejas— los de Richard Percival, Juan Palet o César Oudin. Julia Pinilla Martínez sondea diecinueve términos propios de la silvicultura a partir de la traducción que el botánico Casimiro Gómez Ortega publicó en 1773 del tratado *Des semis et plantations des arbres et de leur culture* (1760), del agrónomo francés Henri-Louis Duhamel de Monceau, comparando las definiciones en distintos diccionarios y en el glosario incluido en la obra origen y en la traducción. Por último, Francisco Javier Sánchez Martín inspecciona el vocabulario referido a la tipología de la uva y del vino en el *Libro de agricultura*, de Gabriel Alonso de Herrera, sirviéndose para ello de las seis ediciones de la obra que se efectuaron en vida del geópono talabicense; así mismo, repasa las fuentes manejadas, para determinar su influencia en dicho léxico, y verifica su incidencia en la tradición lexicográfica española.

Queremos expresar nuestra gratitud a Miguel Ángel Puche Lorenzo, Director de la *Revista de Investigación Lingüística*, por la oportunidad que nos ha ofrecido y por el apoyo constante que nos ha brindado a lo largo de todo el proceso editorial. A los autores, por su generosidad y compromiso, particularmente en los momentos de incertidumbre, confinamiento y oscuridad a los que, a raíz de la COVID-19, han debido hacer frente y que han obstaculizado —sin éxito— el acceso a determinada bibliografía y a ciertas fuentes. La consecución de este proyecto debe atribuirse sola

y exclusivamente a su perseverancia y buen hacer. A los evaluadores, cuyas observaciones, sugerencias y comentarios han servido para enriquecer los artículos que aquí se presentan. Estamos convencidos de que su lectura arrojará luz sobre la historia del tecnolecto agrícola, promoverá nuevos intereses y perspectivas y, tal vez, animará otras investigaciones que incidan en un mejor conocimiento de la historia de la lengua española.

Mariano Quirós García
(Instituto de Lengua, Literatura y Antropología del CSIC)
Marta Sánchez Orense
(Universidad de Murcia)
Grupo *LEE* (CSIC)